

La banda sonora de la infamia suena en Beirut

El puerto de las vidas suspendidas

Por Iñaki Estívaliz

Enviado especial de Claridad de Puerto Rico en Beirut

El puerto de Beirut, un lugar donde el hormigón todavía guarda el eco de la megaexplosión de 2020, se ha convertido hoy en el epicentro de una nueva tragedia nacional. Ya no es solo un punto de carga y descarga o un puerto deportivo con yates de lujo. Hoy es un hogar improvisado para miles de libaneses que han huido del sur bajo una premisa innegociable: prefieren la libertad incierta de la calle al confinamiento institucional. En este mayo de 2026, la Corniche no es un paseo marítimo, es un campamento de resistencia humana donde el asfalto es el suelo y el coche, el último bastión de la propiedad privada.

El Estado ausente

La escala del desplazamiento actual no tiene precedentes en la historia moderna de la región. Las cifras oficiales de la ONU (ACNUR) y el Ministerio de Asuntos Sociales del Líbano confirman que más de 1.2 millones de personas han abandonado sus hogares desde el recrudecimiento del conflicto. En una nación de apenas 5.4 millones de habitantes, esto significa que casi uno de cada cuatro libaneses es hoy un desplazado interno.

La parálisis del Estado libanés, que arrastra una vacante presidencial crónica y una economía dolarizada de facto que excluye a la mayoría, ha dejado la gestión de esta crisis en manos de la iniciativa civil. El gobierno ha intentado, sin éxito, centralizar a los desplazados en refugios oficiales —principalmente escuelas habilitadas y el Estadio Camille Chamoun—, pero la respuesta de la población ha sido un no rotundo. Para el desplazado del sur, el estadio es una jaula; el puerto, a pesar de sus carencias, es un espacio de libertad.

Mustafa Atwe y sus dos casas bombardeadas

Mustafa tiene 21 años y la lucidez de quien ha visto su mundo colapsar dos veces en un solo mes. Su relato del viaje desde Sidiquein, en el sur, es una radiografía del caos logístico de un país bajo fuego.

"Vinimos desde el inicio de la guerra. Es una situación miserable, no estábamos listos para esto, pero estamos con nuestra sociedad porque defiende nuestra tierra", explica

Mustafa. "Tomamos las motocicletas porque el tráfico era una locura. Mi padre conocía los caminos, pero vi con mis propios ojos a gente en coches tardar 48 horas en la calle. 48 horas sin apenas moverse, esperando que la bomba no les cayera encima antes de llegar a Beirut".

Lo que Mustafa encontró en la capital no fue el refugio esperado, sino la continuación de la pesadilla.

"¿Nuestra casa? Nuestra casa está en el suelo. Teníamos un hogar en el sur y otro en el suburbio de Dahiyeh (Haret Hreik). Ambos han desaparecido. Cuando bajamos a ver lo que quedaba, nos quedamos en shock. Es como este suelo que pisamos ahora: no queda nada".

Su crítica al plan gubernamental de reubicación es técnica y política:

"El gobierno quiere ponernos en lugares como campos de fútbol, pero están al lado de los sitios que bombardean. Quieren que los niños duerman allí como si estuvieran en el sur, bajo las bombas. Nuestro gobierno debería despertar de este gran sueño en el que vive. Solo le dicen al enemigo: 'termina con el sur y luego tendremos un Líbano seguro'. Están pidiendo que maten a su propia gente".

La ciudad de los motores

Una de las facetas más crudas de este desplazamiento es la "motorización" de la vida doméstica. Cientos de familias han optado por no montar tiendas y vivir permanentemente en sus vehículos. No es una elección, es un intento de mantener una movilidad que les permita escapar si el frente de guerra se mueve hacia el norte.

En un rincón del puerto, se observa una escena que rompe cualquier estereotipo sobre el perfil del desplazado: tres grandes camiones de producción cinematográfica están estacionados en batería. Pertenecen a una familia de productores de cine que, tras perder su estudio y su hogar, han convertido los vehículos de transporte de equipo en su residencia multifamiliar. Lo que antes transportaba cámaras de alta gama y focos, hoy alberga colchones, bidones de agua y hornillos de gas. Es el desclasamiento absoluto: la clase media creativa del Líbano viviendo en la herramienta de su oficio.

Este fenómeno se repite en coches particulares donde familias de cinco miembros duermen por turnos. El coche es el último refugio de la intimidad en una ciudad que los observa con una mezcla de solidaridad y sospecha.

Abu Ali: La economía de la humillación

Abu Ali, antiguo empleado de una fábrica de Pepsi y guardia de seguridad, pone voz a la imposibilidad material de sobrevivir en Beirut con los salarios actuales.

"Antes del Ramadán había apoyo diario: ahora ha disminuido. No hay pañales, no hay leche. La comida llega tarde por la noche o a veces ni llega", denuncia. "Si trabajas, tu salario no sirve para nada. Yo ganaba 400 dólares, pero el 'impuesto de la carretera' se lo come todo. Es un estado de corrupción total".

Para Abu Ali, la falta de infraestructura sanitaria es la mayor afrenta a la dignidad de su mujer y sus hijos.

> "No hay baños. Los hombres podemos ir a cualquier parte, pero para las mujeres... tenemos que llevarlas a los restaurantes de la zona o caminar hasta el baño público en el Seaside Arena. Si el Estado pensara en nosotros, nos daría lo básico: agua y un lugar digno para lavarnos".

A pesar de vivir bajo una lona, su lealtad no es hacia el gobierno, sino hacia la idea de la victoria sobre el territorio.

"Alhamdulillah, tenemos que ganar antes que nada. Si me amenazan, me iré. Si me golpean, es mi destino. Pero te juro que si algo me pasa, nunca te olvidaré porque soy gente joven buscando la verdad. Mi casa en Dahye quizá ya no exista, mi corazón está roto, pero aquí seguimos".

La resistencia al hacinamiento

La tensión entre las autoridades municipales de Beirut y los desplazados ha crecido en las últimas semanas. El ayuntamiento ha presionado para trasladar a los acampados de la Corniche al Estadio Camille Chamoun. Sin embargo, la memoria colectiva del Líbano juega en contra de esta medida. Los estadios y grandes centros deportivos son recordados como ratoneras en conflictos pasados, objetivos fáciles o lugares de control policial.

"Prefiero el viento del mar que me congela de noche a estar encerrado en un estadio con mil personas compartiendo un pasillo", dice un hombre que vive en su coche cerca del puerto. "En la calle somos libres de movernos si escuchamos un dron. En el estadio, si cierran la puerta, estás atrapado".

Esta preferencia por la "libertad de la intemperie" refleja una desconfianza sistémica hacia cualquier solución que provenga de un gobierno que consideran responsable de su ruina económica.

El eterno retorno

Beirut ha sido, cíclicamente, una ciudad de acogida y una ciudad en llamas. La invasión de 1982 y la guerra de 2006 establecieron un patrón de desplazamiento del sur hacia la capital. Pero en 2026, el contexto ha cambiado: la crisis financiera de 2019 eliminó los ahorros de la población y la explosión del puerto en 2020 destruyó el tejido urbano que solía absorber a los refugiados.

Hoy, el desplazado no llega a una ciudad próspera que pueda ayudarlo, sino a una ciudad en ruinas que apenas se mantiene en pie por la inercia de sus habitantes. La última actualidad es una guerra de desgaste donde el frente no se mueve, pero las casas desaparecen una a una por los bombardeos "quirúrgicos" en el Dahiye y el sur.

Mustafa Atwe resume el sentimiento de toda una generación que se niega a ser borrada del mapa:

"Confío en la victoria, aunque necesite tiempo. Si no somos fuertes, mañana verás a Israel en medio de Beirut. Vamos a tomar la arena de este puerto y la llevaremos de vuelta para reconstruir nuestra tierra".

Mientras tanto, en la Corniche, las luces de los coches de los desplazados se encienden al caer el sol, no para circular, sino para dar un poco de claridad a una cena improvisada sobre el asfalto. El puerto de Beirut, mudo testigo de mil desastres, es ahora el espejo de un Líbano que vive en tiendas de tela, camiones de cine y viejos sedanes, esperando que la historia, por una vez, les permita volver a casa.